

TICCHI, Jean-Marc: *Aux frontières de la paix. Bons offices, médiations, arbitrages du Saint-Siège (1878-1922)*, École Française de Rome (Collection de l'École Française de Rome 294), Roma 2002, 483 págs.

Se nos ofrece en este trabajo la tesis doctoral del autor, defendida en la Universidad de París X bajo la dirección el prof. Philippe Levillain, aunque, como o es fácil colegir por los archivos citados, realizada básicamente en Roma.

Las claves de una buena tesis doctoral son, en mi opinión, primero un buen tema, después un buen director, y por fin, un buen doctorando. Lo fundamental es el tema. Si falla, los muchos y duros esfuerzos del doctorando, serán prácticamente baldíos. Y, ante demasiados temas que se trabajan en la actualidad, y no sólo en España, tenemos que lamentar la inanidad —o la monotonía, por incidir en cuestiones ya conocidas— en las que muchos directores embarrancan el extraordinario esfuerzo de sus doctorandos, que no consiguen aportar casi nada: si acaso algún matiz, o la comprobación de lo que se suponía.

No sucede así en este caso. Estamos ante una magnífica combinación de esos tres ingredientes que hacen de una tesis una aportación real al campo de la investigación. El Dr. Jean-Marc Ticchi se estrena con un trabajo excelente por muchos conceptos. Desde luego por la amplitud del tema —que sin embargo, sabe mantener dentro de los límites razonables de su investigación— y por su oportunidad, no en vano en la conferencia de Pekín volvió a plantearse el estatuto de la Santa Sede como potencia, como se diría más de un siglo antes, en la I conferencia de La Haya. Y no en vano estamos ante una nueva etapa de aplicación del derecho internacional con la puesta en marcha del Tribunal penal internacional, del que los tribunales de arbitraje son indudables antecedentes de fondo. Tampoco estaría fuera de lugar decir que el trabajo es oportuno incluso para los ejecutivos, tan atraídos hoy por cursos y libros de negociación. Los procesos diplomáticos de mediación no son otra cosa: hay que actuar con buena fe, hay que intuir los límites de las concesiones a que están dispuestas las partes y hay que lograr la confianza de los dos lados. Y hay que saber recurrir a técnicas que algunos presentan como muy actuales pero que son eternas, en realidad: valga como ejemplo el método de negociación por partes, aplicado ejemplarmente por el nuncio Bavona en el conflicto entre Brasil y Perú, en 1908, al intentar desbloquear el atasco negociador proponiendo negociar primero las fronteras, después las reparaciones (p. 346). No lo propondría mejor ningún maestro actual de negociación.

El trabajo también cubre todas las expectativas del lector —y las supera— por el número y el detalle con que ha revisados los archivos adecuados: Archivo Secreto Vaticano, Archivo de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, Archivos de los Ministe-

Reseñas
Hispania Sacra 55 (2003)

rios de Asuntos Exteriores de Bélgica, Francia e Italia, archivos diocesanos y estatales de Estados Unidos, son algunos a los que recurre con más asiduidad. Lógicamente la palma se la llevan los dos primeros, revisados exhaustivamente. Y el conjunto de las muchas informaciones que ofrece —siempre de primera mano y algunas, auténticas primicias— lo sabe presentar el A. como el resultado consciente de una política de afirmación vaticana en los escenarios internacionales desde León XIII a Benedicto XV, marcada sobre todo por la orientación impresa inicialmente por el cardenal Rampolla y retomada finalmente por su discípulo Giacomo della Chiesa.

El estudio se articula en dos grandes apartados: uno sobre León XIII, el otro sobre Pío X, con una conclusión general sobre Benedicto XV y una clara y rica introducción general.

Los asuntos que trata tienen más carga hispana de lo que podría esperarse. No sólo por analizar uno de los grandes logros —si no el mejor— de la mediación papal en la edad contemporánea: la solución del conflicto de las Carolinas (1885) entre Alemania y España. Hay también otros pleitos netamente españoles, como las negociaciones aduaneras con Francia en 1893 o la mediación con Estados Unidos sobre Cuba (1898). Y abundantes intervenciones sobre casi todas las repúblicas sudamericanas, como veremos, llegando a titularse el libro II: *Pío X arbitro de l'Amérique Latine*.

El período es de extraordinario interés, tanto para la Santa Sede, que está intentando salir de la «prisión» vaticana de la toma de Roma, como para Europa, abocada lentamente a la I guerra mundial en un ambiente de pacifismo y esperanza, que apoyan el arbitraje como alternativa a la guerra: Unión Interparlamentaria, Premio Nobel de la Paz (1897), I conferencia de La Haya (1899), etc. El A. centra muy bien su estudio en el entorno político internacional definiendo con precisión las actuaciones que analiza: buenos oficios, mediaciones, arbitrajes (pp. 8-9). Y presenta el panorama de los esfuerzos de la Santa Sede durante esos años a favor de la paz, algo poco conocido: «la contribution du Saint-Siège au règlement pacifique des différends demeure relativement méconnue par l'historiographie, exception faite de celle relative au pontificat de Benoît XV qui tranche au contraire par sa surabondance (p. 23). En efecto, casi toda la bibliografía existente trata sobre la I guerra mundial (la nota papal de 1917), las Carolinas (1895) y la I conferencia de La Haya (1899), y con imprecisiones, ya que no pocos autores hablan del arbitraje de las Carolinas, como fue efectivamente propuesto por Bismarck pero que rechazó España, prefiriendo una mediación. Es un caso más que muestra cómo, a pesar de las teorías favorables al arbitraje, que culminan con La Haya, lo cierto es que en las intervenciones pontificias se aprecia una gran desconfianza entre los estados a favor de esa fórmula, que los dejaba a merced del árbitro. Eso cuando no era un modo de aplazar un cuestión actuando los estados con descarada mala fe, como en la mediación entre Haití y Santo Domingo (1895-1896), lo que era perfectamente esperable de estos irreconciliables vecinos (p. 157) o entre Brasil y Perú (p. 341).

León XIII se preocupó sin embargo con todo interés de que se solicitase su intervención, incluso al nivel de meros buenos oficios, no sólo conectando con las corrientes teóricas neogüelfas y pacifistas sobre el poder arbitral del papado —Gioberti, Taparelli d'Azeglio, Urquardt— sino porque esas intervenciones reivindicaban su soberanía, y marcaba su independencia de Italia: de hecho, el retraimiento de Pío IX, favo-

reció la expansión diplomática italiana, mientras que la desbordante actividad exterior de León XIII, provocó su hundimiento (p. 34).

Hay una línea a lo largo de todo el trabajo, al margen de las mediaciones papales, pero de gran interés que se refiere a los enfrentamientos diplomáticos entre el Vaticano y el Quirinal. El caso más llamativo sería la fuerte resistencia italiana para que el papa fuese invitado a la conferencia de La Haya. Y hay que considerar su ausencia como el fracaso más claro de la diplomacia de Rampolla en esos años, que puso mucho interés en participar, por lo que suponía de reconocimiento internacional.

Por mencionar las intervenciones que se estudian citaremos, para el pontificado de León XIII, además de las ya indicadas actuaciones pacificadoras entre Portugal y Gran Bretaña (1890), Portugal y Bélgica (1890), Venezuela y Gran Bretaña (1894), Ecuador y Perú (1894), Francia y Portugal (1894), propuesta del sultán turco sobre la cuestión armenia (1894), Grecia y Turquía (1897), Francia y Brasil (1897), Colombia y Estados Unidos sobre Panamá (1903-1904), Brasil y Bolivia (1904-1909), Colombia y Perú (1905 y 1910), Haití y Santo Domingo (1920), junto con otras peticiones de intervención por parte de varios países, sobre todo americanos.

El a. recoge también rumores sobre intervenciones papales en asuntos internacionales, que, como dice, darían interesantes pistas en estudios de opinión pública y que manifiestan el reconocimiento mayor de la Santa Sede en esos años. Pero en no pocos casos estudia intervenciones reales —no rumores— que tienen muy poco reflejo documental. El caso más llamativo es el de las intervenciones papales con el imperio otomano, que el A. rastrea por todas partes sin lograr acceder a los documentos: de hecho dedica el Anexo 2 al listado de referencias que encontró en los registros de protocolli de la Secretaría de Estado pero que no conducen a ningún documento consultable en los fondos del Archivo Secreto Vaticano. No dejo de entender su frustración, ya que hace apenas unos meses me ocurrió lo mismo: las referencias existen pero llevan a una signatura vacía. Probablemente, como piensa el A. estén en la propia Secretaría, reclamados en algún momento y abandonados allí por desidia o interesadamente.

Como vemos, se trata de un trabajo encarnizadamente archivístico, muy bien ambientado, preciso en la definición de las cuestiones, con una bibliografía detallada y bien organizada por materias, que se convierte indudablemente en una referencia obligada para trabajos de relaciones internacionales e historia en el fecundo cambio de siglo: para la Santa Sede —y para la Iglesia— de gran importancia cuanto más se va conociendo.

Detalles menores que hay que mencionar siempre: alguna traducción errónea del español (p. 176), una pequeña errata en p. 168 (n. 222), bailes de las cifras latinas de los papas en p. 261, tan insignificantes que ya se ve que son deseos de atenerme a lo esperado en una recensión.

Pero el trabajo es tan interesante que me permito presentar también mis desiderata. Casi todas son para animarle a ser menos neutral, si se puede hablar así, aunque manteniendo la ecuanimidad, gran virtud de historiador que el A. tiene perfectamente incorporada. Pero ya que ha trabajado todas las biografías de León XIII y conoce a fondo los archivos de su pontificado me gustaría que entrara a valorar al papa como diplomático, lo que no hace, conformándose con considerar reduccionista la expresión de Gambetta «más diplomático que sacerdote» (pp. 40-41); lo mismo habría que decir

sobre Rampolla, valoración que tampoco hace al hablar de él (pp. 46-47) y Rampolla es León XIII. También desearía que se fuera más allá de las opiniones de Aubert y su crítica a la intransigencia de León XIII sobre la cuestión romana (p. 261). Por lo que el A. refleja, la intransigencia era también italiana y los resultados, como se ha visto a la larga, favorables a la Santa Sede. Sería también interesante que tomase postura sobre si Pío X hizo o no bastante para detener la Gran Guerra (p. 349). Otra vez cita únicamente a Aubert —crítico— pero afirma a continuación que la actitud de Benedicto XV, «procède largement de l'expérience acquise sous les deux pontificats précédents en matière de règlement pacifique des differends» (p. 352) y su principal toma de posición —la nota del 1º de agosto de 1917— «se situe dans le droit fil d'une tradition diplomatique fort ancienne qui a d'ailleurs inspiré les bons offices et médiations survenus depuis 1885» (p. 354).

Por último una insignificante petición de americanista hispano: sería deseable matizar el término descolonización aplicado a la emancipación americana (p. 276). El lector podría pensar que estamos ante situaciones similares a interesadas divisiones de la descolonización africana. En este caso descolonización —por parodiar un conocido título— es «nom fallacieux».

Pero todo esto son sugerencias de lector que ha disfrutado y que, por tanto, quiere más. El libro, como creo haber manifestado ya, es otro envidiable logro de la excelente y práctica —desde el punto de vista académico— École Française de Rome, del que sólo cabe felicitarnos y agradecer al Dr. Ticchi sus esfuerzos para enriquecer nuestros conocimientos sobre el período. Esfuerzos que confiamos no le hayan agotado y pueda seguir ofreciendo trabajos como este, que innova y aporta, ampliando los límites de la historia religiosa.

Antón M. PAZOS